

Historia cultural e historia política, encuentros y desencuentros

Milita Alfaro*

Resumen

Aunque carece de un campo específico y de un objeto de estudio propio y es concebida como una reformulación de las preguntas y del lugar desde donde explorar las claves del pasado, la historia cultural no se conforma con ser una más entre las muchas ramas de las que se nutre la historiografía. Por el contrario, proclama que todo relato historiográfico —político, económico, social— requiere de su mirada a los efectos de recuperar aristas del pasado que, de otra manera, permanecerían ocultas o silenciadas. Si la historia cultural está o debiera estar en todas partes, es muy probable que su presencia termine diluyéndose o convirtiéndose en apéndice aleatorio de otras miradas. La versión francesa de ese proceso configura un itinerario apto para dar cuenta de un significativo paralelismo que vincula el renacimiento de una historia política que hoy luce rejuvenecida con el nacimiento de una historia cultural. Por último, ¿qué nos dice respecto de estos asuntos la historiografía uruguaya más actual? Heredera de nuestros propios *paradigmas en transición*, a partir de los años ochenta la historiografía local encuentra una de sus claves en los procesos de acumulación y renovación que es posible constatar tanto en materia de historia política como cultural. De esta historia cultural y de sus relaciones, que en poco tiempo ha alcanzado un considerable desarrollo, es que pretende darse aquí noticia.

* Investigadora y docente en el CLAEH, Facultad de la Cultura y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. alfamil@adinet.com.uy

RECIBIDO: Setiembre de 2011

ACEPTADO: Diciembre de 2011

Palabras clave: historia política, historia, cultura, Uruguay.

Abstract

Cultural history may lack a specific field and an object of study of its own. It may be conceived as a reformulation of the questions and the site from where to explore the keys of the past. Yet, cultural history is not only one of the many branches which nurture the study of History. On the contrary, every historic narrative – be it political, economic or social – requires a cultural history outlook in order to recover features from the past which otherwise would remain unfolded or silenced. If the case is that cultural history is or should be everywhere, it is possible that its presence vanishes or becomes a random appendix. The French version of this process constitutes an itinerary which accounts for a significant parallelism between the *renaissance* of a political history that looks refreshed today by the birth of a cultural history. Finally, what does Uruguayan historiography tell us about this? Since 1980s, and heir to our own “paradigms in transit”, our local historiography finds one of its clues in the process of accumulation and renovation both in the fields of political and cultural history. This article delves into the cultural history and its relationships that have considerably evolved within a short time.

Keywords: political history, history, culture, Uruguay.

DILEMAS DE UNA MIRADA

Entre las muchas paradojas y ambigüedades que giran en torno a la difusa categoría que hoy se engloba bajo la denominación de historia cultural, una de las más reveladoras y sintomáticas tiene que ver con las dificultades que plantea su propia definición. En efecto, la historia cultural —que obviamente no es una historia de la cultura o de las ideas en sentido clásico— tampoco es una especialidad precisa ni una disciplina estructurada en torno a un campo puntual o a un objeto de estudio claramente delimitado. En términos muy generales y desde una perspectiva deliberadamente abierta a las múltiples dimensiones a las que ella misma remite, podría afirmarse que la historia cultural es fundamentalmente una mirada, una forma de interrogar al pasado, una determinada manera de hacer historia.

En estos tiempos de incertidumbres y de crisis de las ortodoxias que sirvieron de sustento a los modelos explicativos propios de la modernidad, es muy probable que la plasticidad inherente a ese eclecticismo configure un ingrediente singularmente seductor y persuasivo a la hora de entablar nuevas formas de comunicación con el pasado. Sin embargo, la flexibilidad del programa culturalista también supone riesgos en la medida en que su ductilidad bien puede redundar en falta de especificidad y pérdida de identidad.

Problema que, por otra parte, también aflora en las aspiraciones globalizadoras a las que inevitablemente remiten sus abordajes.

Por cierto que esa pretensión abarcativa no supone en modo alguno la reivindicación de un reduccionismo cultural que resultaría tan erróneo y simplificador como lo fue en el pasado el reduccionismo económico. Si bien la emergencia y la consolidación de la historia cultural configuran claros síntomas historiográficos de la redefinición asignada a lo simbólico o a lo imaginario en la investigación y la reflexión contemporáneas, el cambio de centralidades por el cual la cultura deja de ser percibida como secundaria o mera subsidiaria de otras estructuras,¹ no implica reivindicar la pertinencia de una historia cultural sin contexto. Por el contrario, aunque es la cultura la que da sentido a la relación de los sujetos con el mundo, resulta muy obvio que no hay construcciones simbólicas ni representaciones sin hombres y mujeres que los produzcan, y puesto que esos hombres y esas mujeres viven inmersos en una sociedad, toda historia cultural remite necesariamente a un entorno que se nutre de múltiples dimensiones. Es en razón de ello que autores como Roger Chartier o Antoine Prost han señalado en más de una oportunidad la conveniencia de sustituir el rótulo de historia cultural por el de historia social o, en todo caso, por el de historia sociocultural, categoría bastante más ajustada a los presupuestos teóricos de un giro historiográfico que, lejos de colocar a la cultura en el centro de la escena y de autonomizarla de los marcos que le sirven de contexto, lo que propone es un ir y venir constante entre los diversos escenarios de la historia sin más y las representaciones que los contemporáneos se hacen de ella.²

Sentada esta precisión que resulta central para situar adecuadamente los fundamentos del giro culturalista, digamos que la naturaleza de su pretensión imperialista refiere nuevamente a las dificultades derivadas de su indefinición. Carente de un campo específico y de un objeto de estudio propio y concebida como una suerte de reformulación de las preguntas y del lugar desde donde explorar las claves del pasado, la historia cultural no se conforma con ser una más entre las muchas ramas de las que se nutre la disciplina. Por el contrario, desde una clara vocación de historia total, proclama que todo relato historiográfico —político, económico, social— requiere de su mirada a los efectos de recuperar aristas del pasado que, de otra manera, permanecerían ocultas o silenciadas. Pretensión ambiciosa, exigente y una vez más riesgosa, en la medida en que remite a una imprecisión de límites que vuelve a atentar contra su especificidad. Si la historia cultural está o debiera estar en todas partes, es muy probable que su presencia termine diluyéndose o convirtiéndose en apéndice aleatorio de otras miradas.

1 Cf. Peter Burke, *Formas de historia cultural*, Madrid: Alianza, 2000.

2 Antoine Prost, «Social y cultural, indisolublemente», en J. P. Rioux y J. F. Sirinelli (dirs.), *Para una historia cultural*, México: Taurus, 1999, p. 153.

Al margen de tales consideraciones, las tendencias historiográficas más actuales dan cuenta de la progresiva legitimación de esa aspiración expansionista y, como contrapartida de los dilemas implícitos en ella, evidencian hasta qué punto la incorporación de los enfoques culturales a distintas vertientes, ha contribuido de manera decisiva a la problematización y la renovación de sus intereses y trayectorias.

Entre las señales que dan cuenta de ello, algunos itinerarios más o menos recientes en materia de historia urbana resultan particularmente sugestivos. En efecto, las lecturas que propone Peter Fritzsche sobre el Berlín de 1900 a partir de una pluralidad de textos que abordan las formas en que la ciudad narrada impactó sobre la ciudad de cemento,³ o los dispositivos teóricos y metodológicos desde los cuales Andrés Gorelik explora las múltiples dimensiones que confluyen en la emergencia y la consolidación de un espacio público en el Buenos Aires de fines del siglo XIX y comienzos del XX,⁴ configuran reveladores ejemplos de los réditos derivados de una mirada que, desde diversas perspectivas de historia cultural, pone el foco en la invención de los imaginarios urbanos y en la interpelación dialéctica por la cual la ciudad y sus representaciones se producen mutuamente.

Asimismo, en el marco de sus inquietas andanzas por tierras supuestamente ajenas, en los últimos años la historia cultural ha sabido de interesantes cruces y encuentros con una historia política que, pese a las notorias diferencias que la separan de la breve trayectoria de su jovencísima vecina, hoy comparte con ella intereses y preocupaciones que son un claro indicio de los cambios operados dentro y fuera de la disciplina. Aunque conocida, la versión francesa de ese proceso puede configurar un itinerario apto para dar cuenta de un significativo paralelismo que vincula el renacimiento de una historia política que hoy luce categóricamente rejuvenecida con el nacimiento de una historia cultural que en poco tiempo ha alcanzado un considerable desarrollo.

PARADIGMAS EN TRANSICIÓN

Como es sabido, en su versión de narrativa tradicional proverbialmente identificada con todos los vicios del historicismo y el positivismo, la vieja historia política, la historia de los grandes acontecimientos y los personajes relevantes, fue el punto de mira de uno de los más persistentes *combats* librados desde los años veinte por Lucien Febvre y Marc Bloch. Aunque obviamente su postura no apuntaba —como se ha dicho errónea e interesadamente más de una vez— a la erradicación de lo político del análisis social,⁵ el concepto de

3 Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2008.

4 Andrés Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

5 Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid: Akal, 2004, p. 424.

historia como mera narración de los episodios del pasado estaba en las antípodas de los paradigmas de la *histoire-problème* preconizada por los fundadores de *Annales*.

Por cierto que el estatus de la vieja disciplina no mejoró en el marco de la hegemonía braudeliana que rigió de manera categórica los itinerarios de la segunda generación de analistas. Por el contrario, al margen de la eventual calidad de aportes emanados de conceptualizaciones tendientes a trascender la mera cronología de los hechos, en tiempos de supremacías estructuralistas la descalificación de la historia política puso en tela de juicio el rédito explicativo de la propia dimensión de lo político, irremediabilmente identificada por entonces con el tiempo corto del acontecimiento y de la coyuntura. Súmese a ello, como lo hace Jean François Sirinelli, la influencia de un contexto ideológico —el de los años sesenta— que tampoco favoreció el interés ni la revalorización de un territorio concebido como apéndice periférico de otras estructuras, como una suerte de epifenómeno segregado por lo económico y lo social.⁶

Avanzando en este sumarísimo periplo, puede decirse que respecto de los espacios conquistados por lo político y lo cultural en el marco de la tercera generación de los *Annales*, el giro antropológico de los 70 supuso resultados bien dispares en los itinerarios de una y otra perspectiva. En efecto, mientras el escenario de lo político —anclado en la inmediatez y las contingencias del día a día— permaneció al margen de las novedades fundacionales de aquellos años, la irrupción y la expansión avasallante de la historia de las mentalidades configura un antecedente insoslayable de los nuevos intereses y preocupaciones historiográficas que darán lugar al surgimiento de la historia cultural.

El reconocimiento de ese antecedente no supone en modo alguno la equiparación de dos miradas basadas en presupuestos claramente distintos. El propio reemplazo de la categoría mentalidad por la más exigente y problematizadora articulación entre prácticas, discursos y representaciones invocada por la historia cultural, es por demás demostrativo de la distancia que las separa. Centrada fundamentalmente en la indagación de lo uniformizante, de lo representativo de un conjunto dado, de lo que un individuo tiene en común con sus contemporáneos, la historia de las mentalidades establece relaciones automáticas entre formas culturales y grupos sociales, encarnando un concepto homogeneizante de los procesos históricos que se traduce en una vocación cuantitativa que solo atiende aquellas variables factibles de ser contabilizadas. En contraposición con ello, la historia cultural apuesta a la restitución de lo singular y lo diverso y, desde una mirada mucho más atenta a lo cualitativo y a lo contingente, desecha el seguimiento de la serie numérica y del estrato social, poniendo el énfasis en la recuperación del individuo y devolviendo a escena el acontecimiento.

6 Cf. Jean François Sirinelli, «L'histoire politique et culturelle», en Jean Claude Ruano-Borbaban, *L'histoire aujourd'hui*, París: Editions Sciences Humaines, 1999.

Por otra parte, junto a la significación de antecedentes historiográficos que abrieron nuevos campos de investigación y marcaron caminos decisivos para el nacimiento de la historia cultural, la consolidación de su proyecto es el resultado de la progresiva erosión que experimentan las posiciones marxistas y estructuralistas hacia fines de los años setenta. En efecto, es ese contexto que las sustanciales modificaciones operadas en materia de paradigma teórico dieron paso a la novedosa jerarquización de ingredientes de tipo cultural en los factores relativos al cambio, con todo lo que ello supone como cuestionamiento del determinismo económico que había inspirado algunas de las trayectorias más relevantes del análisis social hasta los años 60.

A este respecto, Christian Delacroix señala que la «crisis» del marxismo, las dudas en torno a la operatividad de la propia noción de clase y las mutaciones sociológicas de las sociedades posindustriales que irrumpen a fines de la década de 1970 y remiten al «estallido» de la clase obrera,⁷ son algunos de los ingredientes que promueven el pasaje de una historia social de la cultura a una historia cultural de la sociedad en el sentido de Roger Chartier.⁸ En esa transición —que obviamente no alude a un mero juego de palabras— radican muchas de las claves que sirven de sustento a la progresiva expansión de una historia sociocultural —o historia cultural a secas— que comienza a consolidarse definitivamente a partir de los años ochenta.

A su vez, ese mismo contexto ideológico es el que ambienta una suerte de retorno de la política y de revitalización de la disciplina que, luego de su largo enclaustramiento, encontró una oportunidad de relegitimación en aquel escenario nuevo marcado, entre otras cosas, por el redescubrimiento del sujeto pensante y actuante. Procesados en un mismo entorno, el renacimiento de lo político y el nacimiento de lo cultural se inscriben pues dentro de un mismo giro historiográfico que pronto daría lugar a fecundos cruces e inevitables aproximaciones.

ENTRE PRÁCTICAS, DISCURSOS Y REPRESENTACIONES

Respecto del surgimiento y rápido desarrollo de la historia cultural, conviene precisar que, al margen del camino abierto por la historia de las mentalidades, los itinerarios que conducen a su consolidación incluyen perspectivas aportadas desde trayectorias tan dispares como las de Edward Thompson, Raymond Williams, Mijail Bajtin, Michel de Certeau, o Peter Burke. Nombres entre los que también figura el de Carlo Ginzburg, por

7 Christian Delacroix, «Histoire sociale», en AA. VV., *Historiographies. Concepts et débats*, París: Gallimard, 2010, p. 429.

8 Cf. Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa, 1992.

mencionar al más culturalista de los microhistoriadores italianos, y obviamente el de Roger Chartier, cuyos aportes conceptuales resultan particularmente esclarecedores respecto de un proyecto concebido como forma de comprender las relaciones entre las producciones simbólicas y el mundo social.⁹

En el marco de las complejidades y ambivalencias propias de los materiales que se articulan en todo enfoque de historia cultural, la reformulación de las relaciones entre cultura y sociedad reconoce su versión más clásica en la interacción planteada por Chartier entre tres elementos claves en la articulación del universo social:

— los discursos, entendidos como los textos y enunciados que organizan y modelan la realidad a partir de criterios de verdad y mecanismos de control y disciplinamiento;

— las prácticas, entendidas como los usos culturales o las “artes de hacer” en el sentido de Michel de Certeau; pequeñas estrategias cotidianas que no remiten tanto a reglas o a normas sino a lo que la gente hace con ellas, dentro de los límites que les impone el orden establecido pero, también, dentro de las posibilidades de uso y de consumo que les ofrece la vida cotidiana;¹⁰

— las representaciones, entendidas como repertorio de objetos, imágenes, relatos y símbolos mediante los cuales los individuos construyen su visión del mundo y organizan los esquemas de percepción que les permiten clasificar, juzgar y actuar.¹¹

Sin perjuicio de esa triple dialéctica entre lo instituido, lo vivido y lo imaginado —o dicho de otra manera, entre lo que se debe hacer y lo que efectivamente se hace—, en la medida en que las acciones humanas solo adquieren significado con relación al orden cultural en que transcurren, la categoría de representación configura el eje más característico y exigente en todo análisis cultural. También el más polémico, sobre todo desde una perspectiva de historia positivista que, lejos de suscribir la idea de que la vida de las sociedades también transcurre en el terreno de lo simbólico, pone el énfasis en la artificialidad de «lo representacional» y lo contrapone radicalmente a «lo real», en el entendido de que la dimensión imaginaria de los hechos supone una versión deformada que no solo no aporta al análisis del pasado sino que configura un decisivo obstáculo para su recuperación en términos de “verdad” y de “objetividad”.

Desde una concepción opuesta, la historia cultural entiende que la contraposición entre realidad y representación es una falsa oposición; que las representaciones son reales y que interactúan en pie de igualdad con los acontecimientos y procesos históricos. Es más, extremando esa visión, postula que sin la noción de representación es imposible

9 Roger Chartier, «¿Existe una nueva historia cultural?», en Sandra Gayol y Marta Madero, *Formas de historia cultural*, Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / Prometeo Libros, 2007, p. 29.

10 Cf. Michel de Certeau, *L' invention du quotidien*, tomo 1, *Arts de faire*, París: Gallimard, 1990.

11 Cf. Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura, escritura y literatura en la Edad Moderna*, Madrid: Cátedra, 2000.

comprender las relaciones que los individuos entablan con la realidad. En efecto, mujeres y hombres se insertan y actúan sobre ella a partir de representaciones individuales o colectivas y, por lo tanto, la dimensión de lo simbólico resulta absolutamente imprescindible a los efectos de comprender las claves que dan sentido a toda dinámica social.

A este respecto, podría decirse incluso que, si el lugar que ocupa la producción imaginaria en la vida de un grupo humano sigue suscitando polémicas a nivel historiográfico, es en el terreno de la radical legitimación de lo inmaterial donde la perspectiva culturalista resulta particularmente fecunda y provocativa. Como indicio de ello, incluso desde tiendas que a la hora del balance consideran que el resultado de sus investigaciones solo cumple a medias con lo mucho que prometen sus postulados teóricos, hay quienes le reconocen el decisivo mérito de «haber roto la tradicional y esterilizante oposición entre la presumida objetividad de las prácticas y la asumida subjetividad de las representaciones».¹²

EL RETORNO DE LA POLÍTICA

Si hoy la historia política goza de una singular lozanía y su relegitimación está fuera de discusión, tales logros no solo remiten a las condiciones derivadas de un contexto favorable sino que son, fundamentalmente, el resultado de decisivas reformulaciones teóricas y metodológicas procesadas al interior de la disciplina.

En contraste con el concepto restrictivo de la política, tradicionalmente circunscripta a la actividad llevada a cabo por los gobiernos y por las elites que se ocupan de la gestión del Estado y de los asuntos públicos, hoy sus enfoques exploran, en términos generales, las múltiples dimensiones que giran en torno a la transmisión y el reparto del poder en el seno de un grupo humano, y a las tensiones, antagonismos y conflictos inherentes a ello.¹³ Como lo señala la argentina Nora Pagano, la política o lo político no aluden actualmente a un campo autónomo de la realidad social sino a *una dimensión inseparable y profundamente penetrada de todos los ámbitos y contextos de la acción social y de los sistemas socioculturales*; al estudio del conjunto de la vida social desde una forma específica de relación y comunicación que, *teniendo como elemento central el poder en su dimensión pública, explora las relaciones derivadas del mismo, así como sus basamentos sociales expresados en lenguajes, prácticas y representaciones*.¹⁴ Por otra parte, aunque en el marco

12 Dominique Kalifa, «Répresentations et pratiques», en AA. VV., *Historiographies. Concepts et débats*, o. cit., p. 881.

13 J. F. Sirinelli, o. cit., p. 159.

14 Nora Pagano, «La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos», en Fernando Devoto (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*, Buenos Aires: Biblos, 2010, p. 55.

de la revalorización de los enfoques micro ya no sea preciso reivindicar la pertinencia del acontecimiento como objeto de estudio largamente desterrado de la investigación y el análisis, el historiador de lo político ha demostrado que también puede hacer una historia estructural. Merced a la inserción de sus miradas en una temporalidad variable que inscribe el tiempo corto de la coyuntura dentro perspectivas de larga duración, sus enfoques exploran los cambios y permanencias registrados a nivel de asuntos tan decisivos y de naturaleza tan variada como los sistemas políticos, los procesos de construcción de legitimidad o la proyección de normas, creencias y valores compartidos.

La incorporación de aportes y categorías provenientes de diversos saberes y fundamentalmente de la ciencia política, configura otro de los ingredientes que ha contribuido a cimentar el perfil de una disciplina singularmente renovada desde el punto de vista temático y conceptual. «Reformular el papel del Estado, discutir (desnaturalizándolo) el carácter problemático del concepto de nación o explorar la historia y la significación de los grupos subalternos en relación con el papel de las elites en la construcción del Estado y de la nación», son algunas de las preocupaciones de la historiografía política actual que el brasileño Jurandir Malerba menciona como ejemplo de ello.¹⁵

Sin descuidar sus clásicos análisis centrados en el tema del Estado, de las instituciones o de los partidos, desde la frontera difusa de múltiples intercambios, la nueva historia política incursiona hoy en problemas vinculados con los movimientos sociales, con actores y cambios sociopolíticos y con enfoques del más diverso signo que abarcan desde la prensa, la opinión pública y la movilización, hasta el análisis del discurso, la ritualidad y la gestualidad, o los procesos de construcción de las identidades políticas a partir de sistemas simbólicos y expresiones culturales. Significativa renovación temática que viene a sumarse a la categórica ampliación del horizonte cronológico de la disciplina en materia de contemporaneidad. En efecto, la creciente multiplicación de coloquios, jornadas, publicaciones e instituciones centradas en la *historia del presente* configura un claro indicio de que, venciendo los proverbiales escrúpulos impuestos por la tiránica y controvertida perspectiva histórica, la investigación y el análisis político han ganado incluso la difícil batalla librada en torno al pasado reciente.

Desde una perspectiva más amplia, los cruces de la historia política con otras ciencias sociales reflejan las exigencias que hoy enfrenta el relato historiográfico tradicional por obra de una interdisciplinariedad que desdibuja las clásicas fronteras entre diversas especialidades y promueve la proliferación de *otras* formas de hacer historia que interpelan al pasado desde la intersección entre lo político, lo social, lo cultural...¹⁶ A propósito de

15 Jurandir Malerba, *La historia en América Latina. Ensayo de crítica historiográfica*, Rosario: Prohistoria, 2009, p. 84.

16 Cf. Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid: Akal, 2004.

esa superposición de miradas, resulta particularmente significativo —incluso en términos controversiales— el desafío que supone el pensamiento de Michel Foucault para cualquier enfoque basado en una visión restrictiva del poder.

Al concebirlo en términos de relaciones de fuerza distribuidas de manera asimétrica y omnipresente en todos los ámbitos de la sociedad, Foucault descentraliza radicalmente la noción de poder, forzando nuevos abordajes que politizan cualquier tipo de aproximación a lo social.¹⁷ Al mismo tiempo, al enfocar el problema de cómo pensar las relaciones que mantienen las producciones discursivas y las prácticas sociales, sus tesis remiten a un dilema tan central para la historia cultural como lo es el explorar la distancia que existe entre los mecanismos que apuntan a controlar y someter, y las resistencias o insumisiones de aquellos y aquellas a quienes van dirigidos.¹⁸

Si la irreductibilidad de las prácticas a los discursos configura el principio fundante de toda historia cultura¹⁹, la mera enunciación de una problemática tan compleja es un buen indicador de las muchas preocupaciones compartidas que promueven la articulación entre la perspectiva cultural y la política (y, por supuesto, la social, la económica, la intelectual, la urbana y tantas otras).

UNA HISTORIA CULTURAL DE LO POLÍTICO

En esta era de miradas híbridas y cruces de fronteras, la proliferación de abordajes en que la política se inviste de cultura y la cultura se inviste de política, da cuenta de un fenómeno que, si bien en sí mismo no es nuevo, sí lo es en cuanto a la centralidad que ha conquistado en la producción historiográfica de hoy.

Dentro de ese panorama de intercambios múltiples, surgen preguntas que resultan sintomáticas. Una historia sobre los usos políticos de la fiesta como la que proponen Alain Corbin y un grupo de otros historiadores,²⁰ ¿es historia política o es historia cultural? Más allá de la opción implícita en la delimitación del tema, es imposible incursionar en el universo de la fiesta sin interpelarlo desde la articulación de prácticas, discursos y representaciones que confluyen en ella. Perspectiva presente por cierto en los enfoques de la obra que dirige Corbin y que también orienta las lecturas que Elena Hernández Sandoica

17 *Ibidem.*

18 Cf. Michel Foucault, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI, 1976.

19 Roger Chartier, *Escribir las prácticas*, Buenos Aires: Manantial, 1996, p. 51.

20 A. Corbin, N. Gerome y D. Tartakowski, *Les usages politiques des fêtes au XIXe et XXe siècle*, París: Publications de la Sorbonne, 1994.

proyecta desde España sobre la misma temática en un artículo que resulta por demás revelador, incluso por su título: «Fiesta y “memoria”: entre historia política e historia cultural».²¹

¿Y el estudio de Roger Chartier sobre los orígenes culturales de la Revolución francesa?²² Nadie podría negar que está inspirado en una clara perspectiva de historia cultural. Sin embargo, más allá de polémicas, contribuye de manera decisiva a la problematización de un asunto clave en el enfoque historiográfico de cualquier coyuntura de crisis o ruptura política como lo es, no ya el de sus causas, sino el de sus orígenes, categoría mucho más exigente que remite al contexto que hizo posible esa ruptura. Luego de cuestionar la linealidad generalmente atribuida al curso de la historia, Chartier le imprime a su razonamiento un giro mucho más radical y se pregunta si, al afirmar que la Ilustración produjo la Revolución, la interpretación clásica no invierte el orden de las razones; si “no habría que considerar más bien que la Revolución inventó la Ilustración al querer arraigar su legitimidad en una recopilación de textos y autores fundamentales (...)?”²³ Interrogante que, incluso al margen de contextos específicos, resulta decisiva desde una perspectiva de análisis tanto cultural como político.

Desde el ámbito local, numerosos trabajos más o menos recientes pueden ser interpelados desde perspectivas similares. Al margen de muchos otros ejemplos posibles, cabe preguntarse en qué estante de la biblioteca corresponde colocar el libro en que Isabella Cosse y Vania Markarian²⁴ analizan un hito de nuestra historia política como lo fue el *año de la orientalidad*, desde una originalísima mirada (la primera edición del libro es de 1996) que configura un sólido aporte al modesto acervo de nuestra historia cultural. Del mismo modo, pese a las justificadas advertencias que formula la autora en el sentido de que su libro no es una historia del Partido Comunista en tanto actor decisivo de la política uruguaya del siglo xx, es imposible desentrañar muchas de sus claves sin apelar a los sugerentes itinerarios culturales desde los que Marisa Silva explora el universo simbólico de *aquellos comunistas*.²⁵

A propósito del aporte de este tipo de articulaciones, en un comentario aparecido hace unos años en las páginas de *Annales*, Jean Frédéric Schaub sostenía que no es posible hacer historia política sin incursionar en territorios y perspectivas propias de la historia

21 Elena Hernández Sandoica, «Fiesta y “memoria”: entre historia política e historia cultural», en F. J. García Castaño (ed.), *Fiesta, tradición y cambio*, Granada: Proyección Sur, 2000, pp. 35-48.

22 Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona: Gedisa, 1995.

23 *Ibidem*, p. 17.

24 Isabella Cosse y Vania Markarian, 1975: *Año de la Orientalidad: Identidad, memoria e historia en una dictadura*, Montevideo: Trilce, 1996.

25 Marisa Silva Schultze, *Aquellos comunistas (1955-1973)*, Montevideo: Taurus, 2009.

cultural²⁶. En relación con la labor historiográfica del español Fernando Bouza y con la proyección política de sus investigaciones culturales, Schaub destacaba la novedosa visión que surge de ellas en torno a los procesos de politización de las sociedades europeas entre la Edad Media y la época de las revoluciones. A contrapelo de la percepción que circunscribe el fenómeno a la difusión de enunciados en el marco de la alfabetización, los trabajos de Bouza descubren otros lenguajes adecuados a las capacidades de recepción de las sociedades premodernas. De esta manera, al multiplicar los contextos de emisión y de recepción cultural, sus estudios iluminan discontinuidades sociales y políticas que las visiones tradicionales encubren, poniendo en evidencia «pluralidades allí donde la historiografía clásica no ve más que una máquina de fabricar uniformidades».²⁷

En buena medida, las reflexiones desarrolladas por Sandra Gayol y Marta Madero en una reciente recopilación de investigaciones en historia cultural, se inscriben dentro de una percepción similar. En el entendido de que el estudio de las elites dirigentes no alcanza para dar cuenta de las problemáticas referentes al sistema político, a los conflictos por el poder y a la construcción de la legitimidad, las autoras sostienen que «además de líderes, partidos e instituciones, es preciso rescatar el accionar de un abanico diverso de actores que resultan esenciales para entender las múltiples formas que asumen los modos de vinculación con el sistema político». A propósito de ello, refieren a la ampliación y a las modificaciones que ha experimentado el campo de la investigación en historia política en la Argentina de los últimos años, relacionando el fenómeno con la incorporación de enfoques culturales en el trabajo de historiadores tales como Hilda Sabato, Alberto Lettieri o José Emilio Burucúa, entre otros.²⁸

Esta apertencia por el rescate de otras visiones del mundo a través de los discursos, las prácticas cotidianas y los imaginarios de sectores sociales proverbialmente ajenos a los intereses de una historia política tradicional volcada sistemáticamente al estudio de las elites, es un indicador elocuente de la renovación de la disciplina y de la sustancial contribución que la historia cultural está llamada a operar en ese terreno. Otro tanto podría decirse respecto del lugar que hoy ocupa el concepto de cultura política como herramienta central dentro de sus dispositivos teóricos y metodológicos; o de la progresiva consolidación de perspectivas de análisis que asumen la dimensión de lo representacional como un ingrediente más de la realidad y exploran las claves del pasado desde una novedosa articulación entre historia y memoria.

26 Jean Frédéric Schaub, «Une histoire culturelle como histoire politique (note critique)», en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, año 56, 2001/4, pp. 981-987.

27 *Ibidem*, p. 983.

28 Sandra Gayol y Marta Madero (eds.), *Formas de historia cultural*, o. cit., p. 17.

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS EN VERSIÓN LOCAL

¿Qué nos dice respecto de estos asuntos la historiografía uruguaya más actual? Heredera de nuestros propios paradigmas en transición, a partir de los años ochenta la historiografía local encuentra una de sus claves más significativas en los procesos de acumulación y renovación que es posible constatar tanto en materia de historia política como cultural.²⁹

Dentro de ese contexto, cabe señalar la primacía alcanzada en el marco de la restauración democrática por una nueva historia política que transformó sustancialmente los enfoques y los abordajes teóricos y metodológicos en un área tradicional de nuestros estudios históricos. El decisivo viraje rescató a la disciplina del lugar marginal al que la habían relegado tanto sus propias falencias como la hegemonía alcanzada en los sesenta por los análisis estructuralistas de entonación económica y social. Asimismo, potenció de manera categórica la relectura de sus temas desde una perspectiva cultural que encontró y sigue encontrando en la obra —conjunta o individual— de Gerardo Caetano y de José Rilla la mejor versión de una historia cultural de lo político en nuestro medio.

Ese mismo clima fermental de los ochenta asociado al proceso de recuperación institucional y a un repensar de las relaciones entre presente y pasado, operó como marco para la irrupción de otro memorable viraje historiográfico: el protagonizado por José Pedro Barrán y motivado por la aparición de *La cultura «bárbara» (1800-1860)*, primer volumen de su fundacional *Historia de la sensibilidad* y punto de partida de las exploraciones e introspecciones que lo acompañaron hasta el final.

Tras un siglo de narraciones historiográficas orientadas invariablemente hacia lo institucional, lo estatal y lo público —dimensiones todas proverbialmente distantes del vivir y el sentir cotidiano de la gente—, en esta nueva faceta de su producción la mirada de Barrán —menos sujeta al análisis macro de lo estructural y más abierta a las trayectorias antropológicas de lo cultural— exploraba el revés de la trama y recreaba el pasado a partir de asuntos tales como el amor, el juego, la enfermedad, los miedos, el sexo, la culpa, la vida y la muerte. Soporte de un insospechado fresco construido con seres de carne y hueso que en lugar de ser objeto eran sujeto de la historia, aquella intrépida incursión en los inciertos territorios de la intimidad y la interioridad, cortó al medio la historiografía uruguaya y abrió una cantera inagotable de temas y miradas nuevas.

Fruto de ello, en la segunda mitad de los años noventa, el propio Barrán junto a otro historiador —Gerardo Caetano— y una antropóloga —Teresa Porzecanski—, asumió la dirección de una de las obras más ambiciosas del período. El emprendimiento, que convocó a decenas de historiadores pero también a numerosos analistas e investigadores

29 La afirmación no supone desconocer los avances registrados en el período en materia de Historia económica o de Historia social en sentido estricto. Pese a la significación de estos, su consideración excede los alcances específicos del enfoque desarrollado en este artículo.

provenientes de otras disciplinas, procuraba descubrir nuevas dimensiones del pasado, esta vez desde la perspectiva de la vida privada, compleja delimitación temática que se reconocía explícitamente tributaria del modelo francés aunque mediado, claro está, por la mirada uruguaya. Reflejando el removedor contexto en el que había nacido, desde su propio título la obra quiso problematizar la engañosa homogeneidad del tiempo histórico y la errónea visión de unidad de lo social y, apelando a una reveladora sustitución de singulares por plurales, decidió llamarse *Historias de la vida privada en el Uruguay*.

Al calor de estos y otros debates propios de una *Historia que se hace historiografía*, a fines de los noventa, mientras la historia política empezaba a incursionar por los itinerarios del pasado reciente, el giro antropológico inaugurado por Barrán emprendía la transición hacia una historia cultural que hoy pugna por conquistar un espacio dentro de la disciplina. Proceso arduo y trabajoso que ha dado lugar a fecundos encuentros pero en el que también abundan —como corresponde— polémicas y desencuentros.

* * *

*La microhistoria, hace ya varios años, nos ha hecho sucumbir en el anecdotario. Tomada de una entrevista mantenida hace unos meses con Mauricio Bruno y Nicolás Duffau, la frase pertenece a Carlos Machado, emblemático representante de algunas de las corrientes historiográficas que florecieron en el Uruguay de los sesenta. En su visión, las relecturas del pasado inspiradas en el giro culturalista son el resultado del «desconcierto que ha tenido la izquierda en general, donde el colapso del experimento bolchevique y sus secuelas ha dejado a todo un sector sin piso o con un gigantesco vacío. Ahí se ha generado un enorme desconcierto que es un gigantesco retroceso. [...] Como nadie se anima a sincerarse, aparecen esas historias que no explican nada, o un reduccionismo del campo a la minucia, a la anécdota».*³⁰

Desde una perspectiva bastante más exigente pero igualmente crítica, la historiógrafa Leticia Soler se refiere al mismo tema en estos términos:

La crisis del materialismo histórico dejó una secuela de falta de teoría y hay, además, una innegable frivolidad de las temáticas [...] Es verdad que la historia está transitando por campos en los que antes nunca había indagado, y eso es positivo. Pero me sigo preguntando si el sujeto tomado aisladamente es representativo de la sociedad.

Y cuando su interlocutor, Diego Sempol, le pide que se explaye en torno a su señalamiento de banalización en materia de enfoques y delimitaciones temáticas, Soler dice:

En Uruguay se sigue renunciando al desafío de buscar grandes explicaciones. Se está más proclive a aceptar un conocimiento con valor transitorio y disfrutarlo en el corto

30 M. Bruno y N. Duffau, «Tan ilustrados. El historiador Carlos Machado, creador de uno de los ensayos más influyentes de la "literatura de la crisis" predictatorial», en *La Diaria*, Montevideo, 1.º de julio de 2011, pp. 6 y 7.

plazo, que a seguir en la búsqueda de grandes respuestas totalizadoras. La historia está pasando por un momento más lúdico, sin que por ello haya renunciado a su esencia, ya que hay trabajos, como los de Carlos Zubillaga, que son completamente científicos.³¹

Precisamente, la producción de Carlos Zubillaga, tanto en su rol de historiógrafo como de historiador, configura una de las posibles contracaras de los dilemas inherentes a las relecturas del pasado basadas en las premisas del programa culturalista. Agrupadas en el capítulo que el autor les destina en *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX* y que lleva por título «Los campos indefinidos», las nuevas formas de hacer Historia son objeto de un amplio espectro de señalamientos críticos o lisa y llanamente descalificadores que remiten a asuntos particularmente decisivos. La inevitable imprecisión en la delimitación temática de abordajes volcados hacia la cotidianeidad, hacia las representaciones sociales o hacia los valores y las formas de vivir y sentir; la *nivelación entre historia y memoria, como paso previo para negar a la primera la hegemonía en el conocimiento del pasado*, o la legitimación de la incertidumbre como recurso constitutivo de un relato historiográfico contrapuesto al discurso del historiador omnisciente que presenta la realidad del pasado como objetiva y sin opacidades, son algunos de los cuestionamientos nacidos de una concepción de la Historia *completamente científica* como la de Zubillaga.³²

Sin perjuicio de la eventual pertinencia de esas consideraciones, la reciente publicación de las investigaciones del autor en torno a aspectos relativos a la cultura de los sectores populares,³³ confirma los riesgos que conlleva a su vez el excesivo apego a tales premisas. Por ejemplo, cuando un dilema teórico tan rico y complejo como el de la articulación entre cultura popular y cultura obrera, queda reducido a un mero problema de terminología; o cuando el autor renuncia a interpelar su objeto de estudio desde otras perspectivas aportadas por miradas, quizás no científicas pero seguramente reveladoras³⁴; o cuando opta por circunscribir su indagación a las fuentes más tradicionales, descartando la posibilidad de exhumar otras menos ortodoxas pero igualmente imprescindibles a los efectos de enriquecer y problematizar las visiones del pasado. Indicios todos de los innumerables y fecundos diálogos que nuestra historiografía tiene por delante y que seguramente el futuro se encargará de promover.

* * *

31 Diego Sempol, «Con Leticia Soler. La historiografía se despereza», *Brecha*, Montevideo, 8 de diciembre de 2000, pp. 18 y 19.

32 Cf. Carlos Zubillaga, *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002.

33 Carlos Zubillaga, *Cultura popular en el Uruguay de entresiglos (1870-1910)*, Montevideo: Linardi y Risso, 2011.

34 Entre los enfoques más afines a las temáticas desarrolladas por Zubillaga en su libro, cabe mencionar las investigaciones de Ivette Trochon sobre el mundo de la prostitución en el Uruguay de la modernización, las de Yamandú González sobre los usos del tiempo libre entre los sectores populares en ese mismo contexto, o las más a propósito del carnaval montevideano en las últimas décadas del siglo XIX.

Mientras tanto, entre otros múltiples indicadores posibles, un repaso sumárisimo del programa propuesto por las Jornadas de Historia Política que se desarrollaron en junio de 2011³⁵ y fueron origen de estas reflexiones, pueden configurar una vía de aproximación —seguramente tentativa y fragmentaria pero reveladora— respecto del estado actual de nuestra historiografía, de los intereses que hoy la nutren y de los eventuales cruces y confluencias que la surcan.

A propósito de ello, la constatación más significativa tiene que ver con su categórica confirmación de una avasallante expansión del pasado reciente desde indagaciones que, aunque en algunos casos parecen estar íntimamente relacionadas con *el retorno de la política*, en muchos otros trascienden largamente su rehabilitación y, desde miradas múltiples, analizan los usos sociales y políticos del pasado, o exploran las huellas de experiencias traumáticas, apelando a la subjetividad, a la memoria, a lo vivido y a sus representaciones desde lo recordado y lo narrado. Novedosos emprendimientos que también suponen riesgos en la medida en que demandan del investigador la necesaria reflexión epistemológica acerca de la naturaleza misma de una operación historiográfica tan imprescindible como compleja y desafiante.

Junto a enfoques centrados en las clásicas articulaciones entre partidos y elecciones o entre Estado y políticas públicas, el programa de estas Jornadas también da cuenta de la sustantiva irrupción en nuestra historiografía de perspectivas ligadas a una noción de género que, en su reformulación más actual, alude a la asignación cultural de roles basada en la concepción del sexo en términos bipolares. Sin perjuicio de los enfoques que desde estos ángulos abordan aspectos propios de la llamada historia de las mujeres, las propuestas que giran en torno a distintos temas vinculados con las identidades sexuales y con las tensiones emanadas de su confrontación con las normas, abren un espacio nuevo para el debate de asuntos largamente silenciados o ignorados por nuestra reflexión historiográfica.³⁶

Asimismo, la presencia en el ámbito de las Jornadas de diversos estudios que desde la historia conceptual incorporan a la discusión la dimensión del lenguaje como factor esencial en la construcción de toda realidad histórica, es otro síntoma claramente innovador y especialmente significativo desde el punto de vista de los cruces entre historia política e historia cultural. Si bien el cambio lingüístico y el cambio social no necesariamente van juntos, una nueva palabra o el nuevo significado asumido por una ya existente, probablemente sea el reflejo de un nuevo escenario histórico y configure, por tanto, una

35 III Jornadas de Historia Política organizadas por el Área de Historia Política del Instituto de la Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Montevideo, 27, 28 y 29 de junio de 2011.

36 Aunque desde otras perspectivas, cabe mencionar algunas valiosas excepciones a ese silencio. Por ejemplo: José Pedro Barrán, *Amor y transgresión en Montevideo (1919-1931)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2000. Asimismo, Ivette Trochón, *Las mercenarias del amor. Prostitución y modernidad en el Uruguay (1880-1932)*, Montevideo: Taurus, 2003.

reveladora señal para el investigador y el analista.³⁷ En fin, temas que también integran el repertorio de novedades relevantes para la disciplina, sobre todo en materia de enfoques políticos y culturales.

* * *

Para terminar, ¿qué resultados pueden esperarse de las sustanciales transformaciones que el *giro cultural* de nuestro tiempo le imprimió a la historia política y a la historiografía en los últimos años? Aunque la pregunta se impone, mi respuesta es que no lo sé o que, en todo caso, estos apuntes están muy lejos de cualquier pretensión de balance al respecto. De todas maneras, lo que sí parece indudable es que, en el marco de la radical apertura a otras miradas, el pasado configura hoy un ámbito mucho más complejo, inestable y problemático de lo que fuera. Ante el desconcierto que produce asumir un diagnóstico semejante, quizás sirva de consuelo pensar que probablemente ello sea el resultado de una interpelación más rica y exigente.

37 Cf. Lucian Holscher, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (comp.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid: Complutense, 1996, pp. 69-82.